



RICARDO LAGOS

EL PADRE, EL ABUELO, EL LIDER

En el centro de su núcleo familiar conocimos al padre y abuelo, y también al político que todos ven como intransigente y duro. Entre jugueteos y regaloneos a sus nietos, reveló entretelones de sucesos políticos que en su momento conmocionaron a la nación.

Es un político con fama de hombre duro, enérgico.

Ricardo Lagos es catalogado como un presidenciable en potencia y no pocos lo ven también como un hombre-ogro, temido por sus adversarios: ha indicado con su dedo acusador a dos presidentes de la República. Es el eterno contrincante del general Augusto Pinochet, el creador del Partido Por la Democracia (PPD); ministro de Educación en el gobierno anterior y de Obras Públicas en el actual. Hoy es la figura política mejor evalua-

da por la opinión pública chilena.

Cuando se le fue a entrevistar a su hogar, por cierto había mucho paño que cortar con un líder de su estatura... Pero, ¡sorpresa!, el “hombre duro” estaba convertido en un tata, chocheando con sus nietos, Emilia (5) y Pedro Ivo (3), ambos de extraordinario parecido físico con su esposa, Luisa Durán.

Mientras él regaloneaba, sus hijas iban y venían: Ximena (32) —madre de los niños—, que estaba de visita, y Francisca (19). Eran las ocho de la noche. En la planta

baja del edificio en que vive el ministro, su chofer leía el diario, alumbrado por la luz interior del auto, todo en medio de una gráfica quietud otoñal. Fue inevitable recordar las recientes declaraciones del escritor Gabriel García Márquez durante su sorpresiva visita a nuestro país: “Me da envidia apreciar la tranquilidad con que viven los chilenos”.

Pero la vida pública de Ricardo Lagos no ha sido quieta ni pacífica, aunque a los cincuenta y siete años declara ser “un hombre feliz, por todo lo bueno que tengo a

mi alrededor”. Feliz, a pesar de sus altas responsabilidades como líder de la Concertación y secretario de Estado, aunque cuando joven lo único que imaginaba para estos años era que sería un experimentado profesor universitario.

No atribuye a su personalidad fuerte y envolvente este cambio de giro, sino a las circunstancias. Ellas lo hicieron destacarse como un político “peso pesado” y desafiante frente a la contingencia. Reconoce, sin embargo, que su actuación en la vida pública le ha ▶

DEDOS PARA LA POLEMICA

Usted ha sido el único líder político que le ha “levantado el dedo” a dos presidentes de la República...

—¡No!, a uno solo...

¿Qué ocurrió en su vida personal, al día siguiente que le levantó el dedo al general Pinochet, en actitud de emplazamiento?

—Cuando esa noche volví a mi casa después del programa de televisión aquel, mi esposa me dijo: “Anda a ver a la Panchita —mi hija menor—, que está aterrada”. Ella acababa de ver al ministro del Interior de la época, Sergio Fernández, en la pantalla, diciendo que el gobierno estaba analizando toda la situación y que iba a tomar drásticas medidas.

¿Pensó que ocurriría lo peor?

—No, en lo absoluto. Pero... tenía el antecedente de haber estado preso antes.

¿Por qué motivo?

—Porque decían que yo estaba involucrado en el atentado al general Pinochet... Si quedé en libertad fue debido a la fuerte presión que ejercieron algunos primeros mandatarios del continente... Pero la Pancha, quien tenía entonces unos trece años, estaba muy asustada. La habían llamado compañeros de colegio para decirle: “Algo le va a pasar a tu papá”.

¿Cuál era su sensación? ¿De arrepentimiento?

—No. Yo estaba un poco sorprendido por todo lo que se había armado, porque ese gesto con la mano era lo que yo hacía siempre.

¿Cuál fue su verdadera intención al indicar al general Pinochet con su dedo índice? ¿Una amenaza?

—Mi intención fue comunicarle a la gente que no tuviera miedo; que el inscribirse en los registros electorales era un camino para derrotar a Pinochet. Después, hubo quienes me dijeron que sonó muy duro, cuando me dirigí a él.

¿Fue preconcebido?

—Detrás de este caso hay una historia muy simple: ocurrió cuando yo estaba tratando de inscribir al PPD y siempre le decía a la gente que debía perder el miedo, para que concurriera a firmar los registros.

¿Y le costaba?

—Costaba mucho. Una vez, estando en un teatro de La Serena con Patricio Aylwin, me llegó un télex que decía: “Hoy, en Arica, el general Pinochet lo atacó directamente: ‘Yo le digo a ese señor Lagos que...’”. Me sorprendió la forma de expresarlo: “¡Yo le digo a ese señor Lagos!” . Pero yo seguí en lo mío, convenciendo a la gente de que se inscribiera para ganar el plebiscito.

¿Cómo fue su intervención para convencerlos?

—En el momento que salí a hablar algunos comenzaron a gritar cosas. Yo pedí silencio y dije: “Hoy en Arica el general Pinochet...” y leí el resto del télex, añadiendo al final: “¡Yo le digo al general Pino-

chet!...” Se produjo en ese momento una gran reacción de la gente, que se levantó de los asientos para felicitar me.

¿Fue la misma estrategia que usó en televisión?

—Claro, dije lo mismo. Pero el impacto de la televisión no es igual que al hacerlo en un teatro regional... En la pantalla usted se está dirigiendo a millones de personas.

Ministro, ¿cómo fue el primer encuentro que tuvo con el general Pinochet, después de esa “advertencia” que le hiciera en la televisión?

—Fue varios años después. Yo era ministro de Educación y él comandante en jefe del Ejército y, como dos seres civilizados, nos saludamos.

¿Cómo fue el ambiente de ese encuentro?

—Fue durante una recepción para un 18 de septiembre, en la que estaba el presidente Aylwin. Atento a la situación, le fue presentado a Pinochet a cada uno de los invitados —que eran parlamentarios— y al final le dice: “... Y también está nuestro ministro de Educación”. Nos saludamos.

¿Eso fue todo?

—Cuando yo me retiraba, él se acercó y me dijo: “Dígame, ¿cuánto tiempo más le vamos a decir ministro?”. En ese momento se hablaba de que yo dejaría el ministerio para aceptar la candidatura presidencial. Le respondí: “No sé, por ahora soy ministro”. Y él continuó: “Pero corren muchos rumores, cuénteme algo”, ante lo cual le dije: “No se preocupe. A su debido tiempo lo va a saber... Usted sabe que yo hablo claro”.

¿Qué relación mantiene en la actualidad con el general Pinochet?

—Una relación estrictamente profesional. En mi cargo de ministro de Obras Públicas he tenido que ver todo lo que se relaciona con el servicio militar del trabajo. No sólo con lo que pasa en la Carretera Austral, sino también con el programa que estamos planteando en una amplia zona costera de la Novena y Décima regiones, lugar muy pobre, aislado, donde el cuerpo militar cumple un importante rol.

Aunque unos dicen que sí y usted que no, en su segunda “levantada de dedo”, esta vez al presidente Frei, ¿pensó en las consecuencias que acarrearía su acción?

—A mí me pareció que la crisis se podía desencadenar al tomarse una decisión sin consultarme. Tenía que firmar un decreto en virtud del cual yo calificaba la urgencia de la construcción de una cárcel para militares. Como ministro de Obras Públicas tenía la facultad de proponerle al Presidente de la República dictar decretos de emergencia, y me pareció que para ese proyecto ella no existía. Mi actitud fue indicarle al presidente mi opinión sobre el tema. Pero, que quede claro, yo no le levanté el dedo...

Le encanta jugar con sus nietos Emilia y Pedro Ivo, ambos hijos de su hija Ximena. A los 57 años, el líder de la izquierda chilena se confiesa un abuelo consentidor.



traído a veces inquietud, y también miedo a su familia... Pero él es así: directo, de hablar claro, como se lo reiteró al general Pinochet cuando se encontró con él por primera vez, luego del emplazamiento que le hiciera por televisión en pleno gobierno militar.

Curioso, pero se aprecia cómo en la cartera de Obras Públicas, para muchos muy árida para una persona como él: comunicativo, determinante, pensador, sensible, con talento para agrupar gente en base a ideas.

¿Por qué Lagos quiere ser presidente? Asegura que no es parte de una meta suya ni mucho menos, pero... que le tiene cariño al cargo ¡se lo tiene! Lo corroboraría más tarde a través de un simple ejemplo.

Después de la sesión fotográfica, y mientras se despedían de él su hija Ximena y sus nietos, entramos al diálogo puntual.

COMO Y POR QUE

Ministro, ¿qué estaba haciendo usted el día 11 de septiembre de 1973?

—En ese momento era profesor de derecho de la Universidad de Chile y secretario general de Flasco, organismo donde trabaja ahora Enrique Correa.

¿Qué hizo cuando cayó Allende y los militares asumieron el poder?

—Continué en mis actividades universitarias y, al poco tiempo, recibí una oferta para hacer clases en Estados Unidos. Yo había estado estudiando allá. Me fui con toda mi familia. Más tarde recibí una oferta para trabajar en las Naciones Unidas, cosa que hice durante los siguientes diez años. Regresé a Chile con la ONU, en 1978.

¿Durante el régimen militar, trabajó alguna vez en la clandestinidad?

—No, yo era funcionario internacional... Claro que tenía algunas reuniones políticas con otras personas opositoras a Pinochet.

¿Recuerda alguna de esas reuniones?

—Sí, en una oportunidad nos reunimos en casa de Edgardo Boeninger —que no se puede calificar de clandestina—, en la que Patricio Aylwin, presidente de la Democracia Cristiana, se iba a

ver por primera vez con el exiliado último ministro del Interior de Salvador Allende, Carlos Briones. Ese encuentro fue memorable, porque ambos habían sido los actores del fracasado diálogo entre Allende y la oposición.

Cuando estudiante, ¿alguna vez intuyó que sería protagonista de sucesos históricos?

—¡Jamás! Yo hice mis preparatorias en una escuelita particular —el Liceo Manuel Montt— y la secundaria en el Liceo Manuel de Salas y el Instituto Nacional. Entonces no concebí otra cosa, al igual que cuando estudié derecho en la Universidad de Chile.

¿Qué tipo de alumno era?

—En la etapa escolar era más bien del montón, pero tirando para arriba. Había otros alumnos que lo hacían mucho mejor.

¿Hubo en esos años algún hecho que definiera su vocación pública?

—No, pero pertenecía a una familia en la que la actividad pública se comentaba, eso sí. Uno de mis tíos, Ernesto Escobar, fue parlamentario en el año '20, en el período de Arturo Alessandri. Mi familia —que proviene de Rengo— era partidaria de José Manuel Balmaceda y, cuando vino la revolución, ellos se vieron afectados.

¿Fue alguna vez un joven rebelde?

—En esos tiempos —finales de los años '50 y principios de los '60— empezaba la rebeldía de las ideas. Era una época más fácil, no estaban las drogas de por medio.

¿Consumió alguna vez drogas?

—Nunca y de ningún tipo. Esas cosas no se hacían como hoy.

¿Siempre tuvo esa personalidad, que llama la atención y llena los ambientes?

—¡No...! Era más bien tímido, malo para bailar rock and roll. Me iba mal con las chiquillas, y eso me producía una sensación de inseguridad.

¿Por qué le iba mal con las niñas?

—Aquellas que me gustaban, no se fijaban en mí...

¿Cómo veía en esos años a la autoridad?

—La veía muy lejana, me inspiraba cierto temor. Un día, en el Instituto Nacional, nos formaron

y llevaron a la Alameda porque iba a llegar Gabriela Mistral. Pasó la poetisa en un coche descubierto, saludando, y nosotros apenas alcanzamos a hacer ¡así! con la mano (hace el gesto). Yo la veía tan lejana...

Cuando fue ministro de Educación, ¿cómo observó esta situación desde su coche?

—A veces me ha tocado llegar a algunos pueblos, donde están los chicos formados en la calle para hacerme ¡así! con la mano (repite el gesto) en mi calidad de ministro, y experimento una sensación encontrada... Entiendo que es una manera de expresar cariño —para verle el lado positivo—, pero no me parece bien que a los niños se les creen esas imágenes de seres inalcanzables.

¿Que lo dejó contento de lo que hizo en el ministerio de Educación?

—Yo creo que el programa de las novecientas escuelas. Elegimos las escuelas más pobres del país y les inyectamos un tremendo esfuerzo financiero, de alimentos para todos los niños, libros, programas para los profesores y todo tipo de recursos.

¿Cuál fue el resultado?

—Cuando elaboramos el proyecto muchos lo criticaron. Ahora, acabo de ver los resultados del Simce y a esas escuelas les fue muy bien. Significa que el programa fue exitoso.

¿Los jóvenes de hoy, son para usted muy distintos a los de ayer?

—Creo que todas las generaciones se parecen. Todo joven quiere cambiar el mundo, y eso me parece importante. Ahora, ¿qué es lo distinto? Que los jóvenes hoy no creen en grandes utopías, en grandes sueños: son más aterrizados. Eso es lo más positivo.

A menudo se comenta que los jóvenes no están "ni ahí" con la política. Usted, ¿cómo recibe esa expresión?

—Me parece que los jóvenes siguen interesados en la "gran" política, no en la "pequeña" política. La grande es invitar a la juventud a discutir sobre la educación o la censura cinematográfica, o a formular una política deportiva seria. Son sólo ejemplos y si se ponen en práctica verá usted que van a llegar por cientos los jóvenes.





Ricardo Lagos y su esposa Luisa Durán, en la terraza de su departamento del centro de Providencia, donde residen. Juntos pasan los fines de semana dedicados a faenas de agricultura en su parcela de Til Til.

¿Tiene alguna propuesta para el deporte?

—La única forma de tener un progreso real en el deporte es que éste se desarrolle a nivel educacional. ¡Ahí tendría el país un semillero real! Si hay dos millones de chiquillos en la enseñanza básica y se les programan competencias deportivas, van a salir los Zamorano, los Cristián Bustos, los “Chino” Ríos... De ello se seleccionaría lo mejor y luego se haría un deporte de *élite*, de alto estándar, de alto rendimiento. Lo mismo en las artes.

Salgamos de la política y entremos a los sentimientos, ministro. Con todos los desafíos que usted ha enfrentado en su carrera, es como para pensar que no ha tenido una existencia pacífica...

—(Ríe... y vuelve a reír, echado para atrás del sillón). Quiero que sepa que mi vida ha sido absolutamente pacífica. Los fines de semana me voy al campo y me dedico a plantar y jardinear. Tenemos una parcelita cerca de Til Til, que es muy acogedora.

¿Sólo así descansa?

—Bueno... Ahí mi problema máximo era la falta de agua con la sequía, de modo que nos abocamos a hacer un pozo. También camino mucho.

¿Qué le provoca una caminata?

—Un gran relajamiento, un despeje. Antes jugaba más tenis que ahora, para conseguir lo mismo. Es bueno tener otra actividad.

¿Qué perfil haría de usted mismo?... De hombre justo, intransigente, tal vez duro...

—Lo de duro es más bien una fachada, porque creo ser un hombre sensible. Sensible a situaciones que uno quisiera remediar y no puede.

El último sondeo público de Adimark lo ubica como el líder más popular del espectro político. ¿Qué sensación le provoca ese liderazgo?

—Yo creo que eso indica la necesidad de trabajar con mayor ahínco en lo que uno está haciendo. En este momento he sido honrado con el cargo de ministro de Obras Públicas del gobierno del presidente Frei, y estoy trabajando intensamente. Eso hay que hacer.

¿Cree usted que sus desafíos públicos —todos de gran impac-

to—, han sido determinantes para consolidar su imagen política?

—A lo mejor pueden proyectar una imagen de cierta dureza, que no es mi propósito. Lo he hecho porque he tenido una convicción muy fuerte de que en ese momento era lo que se debía hacer.

Pero no ha respondido directamente a la pregunta...

—No sabría decirlo... Yo creo que frente a esa imagen que la gente percibe hay una consecuencia entre lo que se dice, lo que se piensa y lo que se hace.

Su nombre ha sido muy reiterado entre los que se barajan para la presidencia de la República. ¿Cómo se ve ejerciendo el poder ejecutivo en el año dos mil?

—¡Vaya uno a saber!

¿Por qué quiere ser presidente?

—No me lo he propuesto como meta ni mucho menos. Cuando decidí irme al ministerio de Educación lo medité mucho. Sin embargo, allí tuve la percepción de que podía hacer de la educación el tema central de mi campaña presidencial, y que yo podía ser importante para la educación de Chile. Y por eso acepté.

A su juicio, ¿qué es lo más positivo que podría ocurrir en este momento en política?

—Un entendimiento de los distintos sectores frente a un conjunto de temas básicos que se debe abordar. Porque ese tigre, que todos creemos que es tan tigre, va a estar muy cojo a corto andar.

Ministro, ¿es usted un hombre feliz?

—Sí, soy feliz.

Lo dice y da tres golpes en la mesa de centro del living.

¿Cuál es la plataforma de su felicidad?

—Tengo una familia grande, bonita y numerosa; una madre que este mes cumplirá noventa y nueve años y que está muy lúcida... Además estoy en una tarea que me agrada.

¿La vida lo ha ubicado en todo lo que ambicionaba?

—A los veinte años yo pensaba que sería un profesor universitario toda mi vida. Pero saliendo de la universidad me fui al extranjero, luego me involucré en política, ahora en materias de gobierno... En verdad, mi vida ha sido muy distinta a lo que pensé. Pero dentro de eso estoy claro. Y contento.